

IDENTIFICACIONES POLÍTICAS Y SUBJETIVIDAD: DISCURSO, IMAGINARIO Y AFECTIVIDAD PARA UNA RELACIÓN CON LO CULTURAL¹

POLITIC IDENTIFICATIONS AND SUBJECTIVITY: DISCOURSE, IMAGINARY AND AFFECTIVITY FOR A RELATION WITH CULTURE

María Laura Schaufler²

Universidad Nacional de Rosario, Rosario, Argentina.

Leila Martina Passerino³

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.

Resumen

El artículo interroga la relación entre las dimensiones de lo cultural y lo político en los procesos de identificación. Ante la imposibilidad de pensar estas dimensiones de manera separada y atendiendo a su transversalidad, encontramos el problema de la constitución de subjetividades, emergiendo de sus intersecciones.

Nuestra hipótesis supone que las huellas discursivas funcionan como indicios de identificaciones imaginarias en la constitución e intervención de los sujetos políticos. Entendemos que son las formaciones imaginarias, afectivas, e ideológicas las que dan lugar a tomas de posición política, relacionadas con determinadas formaciones discursivas propias de la argamasa cultural.

*Cultura, política, identificaciones, discurso,
imaginario*

Abstract

The article interrogates about the relationship between the dimensions of culture and politics in the identification process. Unable to think in these dimensions separately and according to their transversality, we found the problem of the constitution of subjectivity, emerging from their intersections.

Our hypothesis assumes that discursive traces work as signs of imaginary identifications in the constitution and intervention of political subjectivities. We understand that imaginary, emotional, and ideological formations give rise to politic positions, in relation with certain discursive formations, from a cultural field.

*Culture, politics, identifications, discourse,
imaginary*

¹ Recibido 10 de Marzo de 2014, Aceptado, 10 de abril de 2014.

² Becaria Doctoral CONICET – CIM/UNR – UNER, Licenciada en Comunicación Social, laura31@gmail.com.

³ Becaria Doctoral CONICET – IIGG/UBA – UNER Licenciada en Comunicación Social, leilapasse@hotmail.com.

Introducción

Las relaciones entre cultura y política han sido problematizadas, paradigmáticamente desde los estudios culturales y los estudios de género, poniendo el foco en la politicidad de la cultura. La investigación que nos reunió, "Cultura, política, subjetividad: Un estudio de caso", avanzó en sentido inverso, es decir, en la indagación de las matrices culturales que pueden dar sustento a formas de intervención política.

Una de las hipótesis que ha articulado este trabajo y que resulta relevante retomar aquí, supone que los sectores sociales se conciben y definen a sí mismos en una situación histórico-política concreta, a través de dispositivos afectivos de identificación, que incluyen tanto a la dimensión de lo ideológico como de lo imaginario (Caletti, 2009; Schaffer, Passerino, 2013).

Los invitamos aquí a reflexionar acerca de las identificaciones afectivas e imaginarias que participan en la constitución e intervención política de los sujetos y que encierran su argamasa en el tejido cultural de una comunidad.⁴

Dimensiones para el abordaje de las tomas de posición política

Las identificaciones políticas pueden concebirse a partir de un entramado que vincula la dimensión de lo imaginario con la dimensión de lo discursivo, y que se dirime en el terreno de la afectividad.

Para reflexionar acerca de la manera en que las huellas discursivas funcionan como indicios de las identificaciones imaginarias en la constitución e intervención de los sujetos políticos, realizaremos en primera instancia, un

breve recorrido por los supuestos teóricos que guían este objetivo.

Partimos para este cometido del enfoque de análisis del discurso propuesto por Michel Pêcheux (1978; 1994), que desde los aportes del psicoanálisis, la lingüística y el marxismo, trabaja las relaciones entre discurso, ideología e imaginario. A partir de este marco teórico-metodológico entendemos que las formaciones imaginarias e ideológicas dan lugar a tomas de posición, y pueden ser comprendidas en relación a determinadas formaciones discursivas.

Siguiendo a Pêcheux, sostenemos que las formaciones discursivas se ligan a formaciones ideológicas e imaginarias. Es necesario aquí realizar ciertas distinciones analíticas entre estas dimensiones. Mientras la dimensión de lo ideológico se asocia a las operaciones de borrado de las huellas de su propia condición ideológica, bajo el disfraz de una percepción directa de la realidad; las formaciones imaginarias se relacionan a los procesos de subjetivación e identificación en los cuales los sujetos se refieren a sí mismos y se autorreconocen siempre frente a un otro. Como afirma el autor, las formaciones imaginarias designan la imagen que nos hacemos de nuestro propio lugar y del lugar del otro. Es imaginario el lugar en que uno cree reconocerse a sí mismo y el lugar que otorga al otro.

Estas formaciones imaginarias se relacionan además con procesos discursivos anteriores que surgieron de otras condiciones de producción y que han dejado de funcionar, pero han dado nacimiento a tomas de posición implícitas. Tales tomas de posición implican el presupuesto de que todo discurso se inscribe en el interior de una relación de fuerza y ocupa un cierto lugar en una formación social dada.

En el plano de los procesos históricos concretos, las formaciones discursivas, ideológicas e imaginarias forman un suelo desde el cual se erigen las identificaciones culturales y políticas. Este entramado conforma al sujeto, aunque éste ilusione ser el productor autónomo y autodeterminado de su producción discursiva. La fuente de sentido, el autor de todo lo que enuncia, ignora las relaciones de determinación inversas. En palabras de Sergio Caletti:

4 Estas reflexiones fueron suscitadas a partir de nuestros propias investigaciones doctorales en Comunicación Social (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – CONICET-, Universidad Nacional de Rosario) y en Ciencias Sociales (CONICET- Universidad de Buenos Aires) y, en particular, de la participación conjunta en el Proyecto de Investigación y Desarrollo "Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso" –UNER-, dirigido por Sergio Caletti y co-dirigido por Carina Muñoz, destinado a analizar las matrices culturales implicadas en las identificaciones políticas que cobraron publicidad a partir del llamado "Conflicto del Campo" en Argentina, en 2008.

No cabe pensar, entonces, al sujeto de manera puramente empírica, sino que se trata, más bien de una subjetividad social en la cual pueden cohabitar distintas tramas de sentido. El sujeto lo es en relación a una subjetividad social que necesariamente lo excede, y por su intermedio. Es legítimo concebir la construcción histórico-social de la subjetividad y, por lo mismo, la existencia de una subjetividad social, concibiendo en tanto que sujeto a los colectivos identitarios que intervienen como tales en los procesos históricos” (2009, p. 81)

Indicios de lo imaginario

El abordaje la dimensión imaginaria propia de las identificaciones no resultó un camino sin dificultades. Consideramos, sin embargo, que un camino loable para su tratamiento partió de rastrear indicios discursivos.

Entendimos por indicios a aquellos detalles secundarios, marginales, periféricos, las marcas discursivas involuntarias que nos permitieron formular hipótesis interpretativas por medio de su interrogación. Este modo de construcción de conjeturas a partir de huellas, en este caso discursivas, tuvo sus bases en el conocido paradigma de inferencias indiciales propuesto por Carlo Ginzburg (1999).

En esta misma dirección, Elvira Arnoux (2009) considera al discurso como un espacio que expone huellas:

En cada punto o tramo de la cadena hay un abanico de posibilidades, una familia parafrástica, de cuyos integrantes uno se realiza en el discurso; que, globalmente, se adopta un dispositivo enunciativo y formas de puesta en secuencia o modos de organización del texto y se desechan otros. En la opción pueden intervenir tanto restricciones genéricas, situacionales o propias de la variedad sociolingüística del sujeto como imperativos psicológicos o ideológicos. En algunos casos, puede ser resultado de decisiones conscientes pero, en general, no lo son. Son fenómenos a los que el hablante no

presta atención, fenómenos periféricos, secundarios del decir (pp. 20-21).

El discurso puede ser así entendido, una fuente de indicios que nos permiten entrever los modos en que el sujeto imagina su sí-mismo y construye la definición imaginaria de su identidad.

Indicios de lo imaginario en los discursos acerca del campo

Las formaciones discursivas que analizamos a partir de la citada investigación cobraron especial publicidad desde el llamado “Conflicto del Campo”⁵ en Argentina en 2008, erigiéndose como posición de enunciación política y dando visibilidad a un lugar de inscripción cultural⁶.

Lejos de ser homogéneas, estas formaciones discursivas, como cualquier otra, están plagadas de contradicciones, con secuencias que bien podrían funcionar desde otros lugares de enunciación política.

Desde una noción relacional, que, como ahondaremos en los próximos apartados supone la diferencia (un “otro” como “exterioridad”) para la construcción identitaria, seleccionamos indicios de la construcción imaginaria que los entrevistados hacían del lugar de sí mismos y del otro.

A modo de ejemplo y para comprender este proceso, fueron numerosas las reminiscencias al “campo” en contraposición a la “ciudad”. Lejos de definirlo como una actividad económica⁷, la mayoría de los entrevistados

5 La Resolución 125/08, referida a las retenciones móviles para exportaciones de oleaginosas -a repósito de la soja- desencadenó en 2008 en Argentina un conflicto político y social sin precedentes, que se denominó, en términos amplios, el “Conflicto del Campo”. Éste se extendió durante 126 días, siendo las provincias de Santa Fe y Entre Ríos los escenarios de mayor conflictividad. La fenomenal movilización de protesta, que alcanzó decibeles de más de 300 cortes de ruta simultáneos -además de tractorazos y actos emblemáticos en Gualaguaychú, en Armstrong, y en el monumento a la Bandera de Rosario-, fue proporcional al debate que suscitó, cuyo tenor excedió lo meramente económico-sectorial (Muñoz, et. al., 2011).

6 Analizamos los discursos recogidos en más de 30 entrevistas realizadas entre los años 2010 y 2012 a sujetos que han tenido o tienen una relación significativa con “el campo” en la provincia de Santa Fe y la de Entre Ríos, Argentina.

7 El “campo” sí se define como actividad económica desde el discurso, por ejemplo, del ingeniero. Entendido como “trabajo o “producción agropecuaria”, en función de la “rentabilidad”: “Yo en realidad me compré una granja, te dije, porque creo que la agricultura es un negocio, se me presentó y no desperdié la

asociaron al campo a una forma de vida, caracterizada por la tranquilidad, la costumbre, la inocencia. El campo se distingue así de la ciudad, que aparece como el lugar de los vicios, la falta de inocencia, la intranquilidad.

En relación a la infancia en el campo, ésta se distingue en el discurso de los entrevistados por el juego vinculado al trabajo, la vivencia y el conocimiento de “cuestiones de campo”. En la adultez, el trabajo deja sin embargo, de estar asociado a la inocencia o al juego, y se ata fuertemente a una idea de sacrificio. Esta idea sacrificial, que tiñe los relatos en relación al trabajo, se asocia a formaciones imaginarias propias de un pasado, en el que las condiciones de producción eran diferentes, con menor mediación técnica. Así, estas formaciones más bien pasadas se actualizan en el discurso presente. Retomaremos más adelante este punto a partir de la noción freudiana de melancolía.

Identificación, subjetividad y los límites del discurso

El trazado de las diferenciaciones internas supone no sólo lograr una distinción respecto a “otro”, sino que inaugura disputas o luchas por el sentido de la definición de campo. En este aspecto, los procesos de identificación aparentemente homogéneos, se fisuran y se desmiembran en distintas designaciones: como agricultores, ganaderos, grandes o pequeños productores, colonos, alemanes o italianos, *poles* de siembra, dueños, ingenieros, patronos, terratenientes.

La teoría política se ha enriquecido con los aportes del psicoanálisis para construir una teorización de los procesos de identificación que atiende, por un lado, el desconocimiento constitutivo propio del sujeto (lo inconsciente), y por el otro, la dimensión de la falta y del goce (Stavrakakis, 2010; Mouffe, 2009; Laclau, 1987, 1996; Žižek, 2010, 2012; Badiou, 1999, 2012; Castoriadis, 1975; Butler, 1999, 2003).

Los procesos de identificación suponen, por tanto, no sólo una cierta coherencia discursiva

sino también el investimento afectivo, una *jouissance*, un apego afectivo a ciertas identificaciones. En este terreno afectivo encontramos al deseo, las fantasías, las imágenes de sí mismo y el mundo, esto es, lo imaginario como un factor insoslayable para pensar las identidades; con el recaudo, claro está, de evitar caer en una dicotomía estricta entre el afecto y la razón, entre el plano afectivo y el plano simbólico, o en cualquier forma del esencialismo de las emociones.

La dimensión libidinal puede pensarse a través del concepto de energía psíquica en Freud o el concepto de *goce (jouissance)* en Lacan, que reformula los postulados freudianos pensando este goce incapaz de representación. En palabras de Mouffe: “lo que permite la persistencia de las formas sociopolíticas de identificación es el hecho de que proporcionan al actor social una forma de *jouissance*” (Mouffe, 2009, p. 33). Valiéndonos de esta dimensión es posible reconocer cierto afianzamiento o fijación identitaria.

A diferencia de las concepciones que sostienen la fluidez, liquidez, o tránsito de las identidades (Bauman, 1999), pensar en términos de investimento afectivo permite comprender cómo algunas formas de identificación tienden a la fijación de largo plazo y despiertan la lealtad de numerosos sujetos sociales. Las nuevas identificaciones no surgen automáticamente, no dependen de una permutación instantánea de relaciones entre significantes, sino que suponen cambios lentos en el estrato libidinal/afectivo.

También la noción de falta ocupa un lugar central en las identificaciones políticas. Es preciso identificarse con algo porque hay una ausencia de identidad originaria. Esta idea supone el reconocimiento de que el sujeto intenta compensar su falta constitutiva en el nivel de la representación, mediante continuos actos de identificación. Más allá de todos los intentos por eliminarla, ella nunca cesa de resurgir. Es decir, los actos de identificación no pueden producir una identidad plena que elimine la falta.

Desde este enfoque teórico, los antagonismos políticos no se generan únicamente como efectos de frontera semióticos-discursivos sino que aquí también interviene el juego

ocasión.” (Ingeniero agrónomo, joven, E. R.). Esto daría cuenta de la relación diferencial que hay con el “campo” desde el terreno de la afectividad y que se diferencia respecto a otros sujetos.

entre el goce y la falta. El adversario es quien no permite el goce o quien lo ha robado: “la *jouissance* de la que estamos privados se concentra en el Otro que nos la robó... [Esto] juega un papel decisivo en la perpetuación del deseo humano y la reproducción de la centralidad de las identificaciones” (Stavrakakis, 2010, p. 225). La falta es lo que hace posible la –parcial- recreación de la identidad (individual o colectiva) mediante nuevos actos de identificación.

Se trata aquí de los límites del discurso. Pero entonces, los límites de toda estructura discursiva, que dividen lo discursivo de lo extradiscursivo, sólo pueden manifestarse en relación con esa misma estructura discursiva mediante la subversión de su significado.

Esta cuestión de los límites discursivos es trabajada por Butler (2010), para pensar el problema de la identidad en relación al género. Su preocupación tiene que ver con los límites discursivos del sexo. Entendiendo que el sujeto y la identidad son construidos discursivamente, Butler elabora una teoría *performativa* del discurso.⁸

Las identidades se constituyen a través de la exclusión, es decir, de la construcción discursiva de un afuera constitutivo. No obstante esta simbolización o representación en términos amplios, esta pretendida completitud discursiva o semiótica, es siempre complicada y desestabilizada en sus límites, y fracasa justamente por ese mismo afuera.

La inflexión psicoanalítica de la autora, acerca de esta teoría de la regulación sexual, muestra no sólo cómo funcionan las leyes regulatorias sino, asimismo, cómo fracasan, ya que el deseo no logra ser completamente organizado por esa normativa (Butler, 2011).

El deseo, por tanto, no sólo escapa a las leyes regulatorias, sino que, además, participa activamente en los procesos de identificación. Continuando con el planteo de Butler, la repetida puesta en acto de normas genéricas interpela y *perfora* a los sujetos; no

obstante da lugar a que, bajo ciertas condiciones, hallen maneras de resistir o resignificar esas normas. Aquí se hace visible la dimensión política de la norma. El fracaso de la norma genérica supone la lucha por la significación de la identidad.

Los procesos de identificación y constitución subjetiva a partir de los autores recorridos exceden el dominio simbólico/discursivo, asentándose en el terreno de la afectividad y el apego. A partir de nuestro caso de estudio analizamos las diferentes demarcaciones que realizaron los sujetos entrevistados. La oposición campo/ciudad operó como uno de los primeros mecanismos identificatorios. Pero en el análisis de las entrevistas notamos que había distinciones internas que también participaban y que tenían incidencia política. Algunas de ellas fueron: la proveniencia de sus antepasados; la inscripción geográfica –según las provincias-; las diferencias entre propietarios y trabajadores rurales; entre ingenieros y baqueanos -en relación a los saberes-; entre los productores mismos –chicos o grandes; agricultores o ganaderos.

Entendemos que tales demarcaciones no suponen sólo de una diferenciación en el terreno económico-productivo del trabajo en el campo, sino que más bien, tienen como base una superficie afectiva que participa activamente en los procesos de identificación.

Una senda para el abordaje de la dimensión afectiva: el concepto de melancolía

Las identificaciones políticas, como hemos argumentado, implican formaciones discursivas, sostenidas por una dimensión imaginaria y además, afectiva. Sin embargo, resulta dificultoso proponer un abordaje de estas dimensiones en la medida en que debemos concentrarnos en técnicas que no descuiden estos aspectos.

En este terreno, consideramos que la vivencia constituye un elemento clave para el análisis de las identificaciones imaginarias. La experiencia de ser “afectado”, en términos de “afectivizado”, se ubica como elemento de demarcación entre quienes pueden verse involucrados, o no, ante determinado acontecimiento -como puede ser concebido el “Conflic-

⁸ La norma sexual demarca y regula, y esto sucede discursivamente, de manera performativa: (...) la performatividad no es un acto único, sino una repetición y un ritual que consigue su efecto a través de su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido, hasta cierto punto, como una duración temporal sostenida *culturalmente* (Butler, 1999: 17).

to del campo”-. La enunciación de un “yo” y la relación con la vivencia, establece esa pauta.

No obstante, el lugar del afecto, el deseo, resulta una tarea compleja de reconocer y analizar en el terreno discursivo. Como sostiene René Kaës (2011), los afectos escapan a cualquier representación fija, se manifiestan repentinamente, irrumpiendo. El afecto difícilmente se deja decir.

Para abordar la dimensión afectiva en los procesos de identificación trabajamos con la noción de melancolía tal como la postuló Freud (1917). La melancolía es formulada a partir de su contraposición con el duelo. Si bien para el autor ambas manifestaciones comprarten expresiones, el duelo se concibe en el plano de la normalidad –aun cuando implique cambios en la “conducta normal”- y bajo una característica temporal de tipo pasajera. La melancolía, en cambio, se inscribe en un plano temporal extenso y con costos psíquicos específicos como la cesación de interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de las funciones y la pérdida de amor propio⁹ ([1976], p. 242).

La melancolía supone una pérdida, pero a diferencia del duelo, es de naturaleza más ideal. Existe un vínculo estrecho con el pasado en el cual la distinción pasa a ser delimitada por aquello que ya no es y que aun no pudiendo pronunciarse, se encuentra presente. La relación con el objeto siempre es afectiva, es decir, invadida por la pena, la tristeza, la nostalgia, la rabia, la alegría etc. – como modos de nombrar los afectos-, por eso Freud apunta a la pérdida del objeto amado, sin necesariamente referirse a una “relación sentimental amorosa” sino por ejemplo, a la patria, la libertad, el ideal.

La nostalgia, puede considerarse en este terreno, muy cercano a la melancolía, como una manifestación particularmente marcada en relación al “trabajo de campo”. Éste se vincula a “poner el cuerpo”, lo cual desliza una relación con el sacrificio. En

9 Cabe aclarar que no nos aquí detendremos en las reflexiones freudianas para una clínica psicoanalítica, ni tampoco en un análisis fundado en las alteraciones, modificaciones, consecuencias psíquicas en relación al duelo o la melancolía. Lo que nos interesa es considerar la noción de melancolía como indicio de las formaciones imaginarias ligadas a las formaciones discursivas en los procesos de identificación política.

distintas entrevistas encontramos la construcción discursiva e imaginaria de un pasado en que el trabajo se asociaba a la idea de responsabilidad, “sentida como propia”, enaltecido con el sacrificio. Sin embargo, esta concepción de trabajo se ha visto modificada, o ha adquirido otros matices, con la irrupción tecnológica; especialmente por la demanda mucho menor de mano de obra. El trabajo se relaciona hoy con el conocimiento, técnico, ingenieril. En este discurso más de tipo técnico, la labor del peón rural aparece como desprovista de conocimiento.

Una de las diferencias fundamentales que establece Freud en la delimitación entre duelo y melancolía es la relación con el objeto perdido. Mientras que en el duelo hay un reconocimiento consciente de esa pérdida; en la melancolía no se la logra avizorar ya que tampoco se concibe la pérdida como tal. El sujeto no logra distinguir claramente qué es lo que se ha disipado, se trata de una ‘pérdida desconocida’ que permanece como ‘herida abierta’ y que mantiene mediante la libido una relación estrecha.

En los discursos, la relación afectiva se actualiza mediante recuerdos, relatos. Entendiendo que,

Cualquier colectivo apoya su idea de sí -su régimen de reconocimientos y expectativas recíprocas, las sutiles o brutales fronteras en la relación con otros colectivos- en una suerte de relato de lo común, que nunca es narrado como tal, pero sí infinitamente aludido (Caletti, 2009, p. 191).

El relato que actúa como patrimonio compartido, se recrea en el caso analizado a partir de las anécdotas y la tradición común. Las memorias hacen al relato colectivo y se cuentan en términos vivenciales. Las pequeñas anécdotas de lo cotidiano, numerosas en los relatos de los entrevistados, constituyen modalidades enunciativas de las particularidades o diferencias de vivir en el campo.

Freud es claro cuando detalla que no es la pérdida del objeto lo que hace al melancólico, sino más bien una pérdida de sí, una afectación que incluye la ambivalencia: “Por eso la melancolía puede surgir en una

gama más vasta de ocasiones que el duelo, que por regla general sólo es desencadenado por la pérdida real, la muerte del objeto” ([1976], p. 253). Esto permite explicar algunas ambivalencias que muchos sujetos sostienen en términos de nostalgia y el vínculo con el presente.

Así, si bien muchos de los entrevistados se posicionaron en el discurso desde un lugar marcado por la melancolía hacia un presente que ya no es el mismo, también notamos cierta resistencia a volver a esas condiciones de antaño que constituye la vida en el campo. La ambivalencia tiñe en este plano al relato. Por un lado, las identificaciones con el “trabajo de campo” o la “vida en el campo” se ligaban a prácticas pasadas (en relación al trabajo, al estudio, a las formas de sociabilidad y fraternidad, a los juegos, entretenimientos y tradiciones, por ejemplo), sin embargo son lugares a los que no se quiere volver o simplemente, ya no existen. Puede notarse que las formaciones imaginarias sostienen a nivel discursivo ambivalencias que se sustentan en un terreno afectivo y no estrictamente lógico o racional.

Una de las ambivalencias más notables es la persistencia en definir al trabajo como sacrificio a la par de la tecnologización contemporánea, la cual reduce en gran medida las labores que antaño llevaba a cabo el trabajador rural. Así también, encontramos un saber vivencial, experiencial, del peón de campo que se reconocía pero que al mismo tiempo se desvalorizaba como conocimiento frente al del ingeniero, más técnico, eficaz. Son este tipo de ambivalencias, asentadas en formaciones imaginarias del pasado, las que persisten en los procesos identificatorios actuales y que consideramos se asientan en una dimensión imaginaria-afectiva y, simultáneamente en formaciones ideológicas que operan naturalizando y esencializando estas identificaciones.

La identificación política y cultural con el campo se compone entonces por diversas posiciones de sujeto que disputan su sentido, en relación al trabajo, los saberes, las vivencias y cuya dimensión afectiva se vislumbra en relación con la nostalgia de un pasado que pervive en los discursos actuales,

a través de una relación de tipo melancólica. Consideramos entonces que en esta operación imaginaria de un pasado que se actualiza y que ideológicamente se naturaliza como presente, se halla una subjetividad política que cobró publicidad a partir del conflicto de 2008 como “la gente de campo”.

La transversalidad de lo cultural y lo político

La relación entre las dimensiones de lo cultural y lo político en la producción y constitución de subjetividades, como uno de los problemas centrales que nos convoca, presupone aquí una interpretación de lo político ligada a una concepción relacional y agonista y de lo cultural también como espacio de poder, de lucha en la cual se disputan los vínculos con lo social y los procesos simbólicos (Mouffe, 2009; Butler, 2010).

Chantal Mouffe reflexiona acerca de lo político reconociendo, en primer término, la dimensión conflictual de la vida social. Entendiendo que “todo orden es político y está basado en alguna forma de exclusión” (Mouffe, 2009, p. 25), la autora critica el enfoque meramente “consensual” de la política, que supone la neutralidad, la racionalidad y la unanimidad manifiesta en un punto de vista imparcial.

Establece una distinción muy fructífera entre lo político y la política. Mientras que el primero resulta constitutivo de toda relación social estructurada por relaciones de poder; la segunda es conceptualizada como el conjunto de prácticas e instituciones que se organizan en torno a lo político y que intentan “domesticarlo”.

Nuestro trabajo se asienta en la primera dimensión y en su carácter intrínsecamente relacional que, como dijimos, a la vez configura todo proceso identificatorio.

La afirmación de la diferencia es precondition de la existencia de la identidad, es decir, toda identidad instaura un “otro” como “exterioridad”. Y sobre este terreno pueden surgir los antagonismos. Es aquí donde es posible contemplar las exclusiones, las demarcaciones construidas entre un nosotros y

un ellos, como condición de posibilidad de formación de las identidades políticas.

En este proceso, pueden emerger los antagonismos, pero también, la posibilidad de establecer otros modos de relacionarse entre un nosotros/ellos. Cabe aquí dar cuenta de una diferencia fundamental entre la perspectiva agonista que propone Mouffe y el enfoque antagonista: mientras el antagonismo supone una relación con un enemigo, en cambio, el agonismo sostiene esta relación con un adversario, que reconoce y considera legítimo¹⁰. Aun cuando la autora critica al modelo consensual en la política, reconoce que se requieren lograr algunos consensos, especialmente los que puedan sustentarse en las bases mismas de la democracia, que permitan el funcionamiento y legitimidad de la política y sus disputas.¹¹ Estas disputas, podemos decir, se entablan por un orden de prácticas y sentidos.

Mouffe considera la dimensión de la indecibilidad (Mouffe, 2009, p. 24), entendiendo que no existe un fundamento último o una clausura semiótica que cierre la disputa por el sentido de lo político. Se lucha por las significaciones políticas porque justamente no existe un fundamento último que dirima la decibilidad de un orden político.

Podemos decir que la decibilidad, aquí, es la arena de la lucha de lo político, reescribiendo la conocida metáfora de Valentin Voloshinov (1929): "El signo es la arena de la lucha de clases". El signo se constituye en la arena de lo político. Tanto el signo como lo político se definen por la ausencia de un fundamento último que los cierre, que los cierre o que los fije, por su carácter relacional, contingente y constitutivamente conflictual.

Stavrakakis (2007) en una perspectiva teórica que acompaña a la de Mouffe, retoma

algunos conceptos lacanianos para subrayar esta dimensión de indecibilidad. El carácter incompleto del sentido o la imposibilidad de una clausura semiótica, dice Stavrakakis, es lo que lo que habilita al surgimiento del sujeto y la recreación continua de la identidad mediante nuevos actos de identificación. La falta, tendrá un lugar central en la concepción laciana de sujeto, creando las condiciones para una "política" de identificación que se revela en dos dimensiones. Por un lado, el sujeto no puede dejar de compensar esa falta constitutiva en el nivel de la representación mediante continuos actos de identificación con objetos socialmente disponibles. Por otro, los actos de identificación no pueden producir una identidad plena que elimine la falta. Se pone entonces en discusión, una concepción esencialista de la identidad, dado que al afirmar la incompletud, la falta, lo que se afirma es la dimensión política de todo acto o proceso identificatorio.

Es en esta dirección, y anclando los aportes de Mouffe, es factible reconocer todo acto identificatorio como una dimensión conflictual basada en procesos de exclusión, en la instauración del otro como exterioridad. La aparente clausura, que presupone la identificación, es resultado de luchas hegemónicas sobre la cual pueden surgir los antagonismos, o la salida que propone Mouffe, una vía agonista.

Desde esta concepción de lo político, que aleja a los procesos identificatorios de la clausura semiótica y que por tanto habilita la dimensión conflictual, lo cultural se establece como instancia de diálogo directo, en tanto suelo para la intervención política y argamasa de formaciones discursivas particulares. Lo dicho, por tanto, supone considerar lo cultural como espacio de lucha y negar cualquier posibilidad de homogeneizar la cultura o considerarla en términos estáticos y reificados. Lo cultural y lo político se configuran como dimensiones diferentes aunque no separadas. Desde esta perspectiva, consideramos, debe pensarse la transversalidad de las dimensiones para el estudio de la constitución, transformación y producción de identificaciones. Si lo cultural funciona como conjunto de normas, como suelo para la producción de formaciones discursivas y de relaciones ideológicas, para el

10 (...) el antagonismo constituye una relación nosotros/ellos en la cual las dos partes son enemigos que no comparten ninguna base común, el agonismo establece una relación nosotros/ellos en la que las partes del conflicto, si bien admitiendo que no existe una solución racional a su conflicto, reconocen sin embargo la legitimidad de sus oponentes. (Mouffe, 2009, p. 27)

¹¹ No obstante, Mouffe aclara que "Por cierto que la democracia no puede sobrevivir sin ciertas formas de consenso -que han de apoyarse en la adhesión a los valores ético-políticos que constituyen sus principios de legitimidad y en las instituciones en que se inscriben-, pero también debe permitir que el conflicto se exprese, y eso requiere la constitución de identidades colectivas en torno a posiciones bien diferenciadas. (Mouffe, 1999, p. 17)

hacer y pensar humanos; lo político tiñe el proceso de manera conflictual sobre el terreno de la indecibilidad y la disputa.

A modo de conclusión

El cruce entre los conceptos de política, cultura nos lleva a analizar estas relaciones en función de la dimensión de lucha, poder y resistencias que se entablan en torno al orden simbólico e imaginario. Lo político nos atraviesa en todas nuestras prácticas cotidianas, e instaura lugares concretos de disputa.

El enfoque en las tensiones entramadas con los problemas de la ideología, del signo, de lo imaginario, y la dimensión performativa que los atraviesa, visibilizan el carácter político de los procesos de identificación, en tanto productor de subjetividad. Cabe, sin embargo, pensar con Mouffe, en clave agonista estas relaciones. Esto es, relaciones en donde se esgrimen adversarios pero no enemigos (antagonismo), lo cual supone el reconocimiento de aquel otro, del que por un lado me diferencio, pero que al mismo tiempo habilita a mi propia identificación.

Insistimos en que si lo político se dirime como espacio de disputa, que permite las transformaciones y revela el carácter instituido/instituyente de lo social, en términos de Cornelius Castoriadis (1975), lo cultural puede pensarse como ese magma de significaciones, imaginarios y prácticas sobre la que se asienta tanto la reproducción de un orden instituido como la posibilidad de transformación del mismo, es decir, de construcción de nuevos sentidos, deseos, fantasías y prácticas que buscarán instituirse.

La propuesta presentada supone así visibilizar la politicidad de lo cultural, pero también la culturalidad de la política, como dimensiones que coexisten en los procesos de identificación.

Bibliografía

- Althusser, Louis (1970). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión, [1984].
- Badiou, Raymond (1999). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial.
- Badiou, Raymond; Žižek, Slavoj (2012). *Filosofía y actualidad. El debate*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu editores.
- Bauman, Zigmunt (1999). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Butler, Judith (1999). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós, [2010].
- Butler, Judith. (2011) "Prólogo", en SABSAY, Leticia. *Fronteras sexuales: espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith; Laclau, Ernesto; Žižek, Slavoj (2003) *Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*. México: Fondo de cultura económico.
- Caletti (2009). *Política, sujetos y comunicación: un acercamiento a la escena pública contemporánea*. Documento de Trabajo. PI N° 3098, FCE, UNER.
- Castoriadis, Cornelius (1975), *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Editorial Tusquets [2007].
- Freud, Sigmund. "Duelo y melancolía" (1917) en *Obras Completas*, Tomo XIV, Buenos Aires. Amorrortu Editores [1976].
- Ginzburg, Carlo (1999). *Mitos, emblemas, indicios*. Barcelona, Gedisa.
- Kaës, R. (2011) "El afecto y las identificaciones afectivas en los grupos" En *El Psicoanalítico*. Publicación de psicoanálisis, sociedad, subjetividad y arte. N° 5 Disponible en: <http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num5/autores-kaes-intersubjetividad-afectos-psicodrama-1.php> [02/04/2013]
- Laclau, Ernesto (1996) *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. México: Siglo XXI.
- Mouffe, Chantal. (2009), *En torno a lo político*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Muñoz, Carina (et. al) (2011). "La relación cultura-política: el problema de los procesos de constitución de identidades", en *Memorias de las VI Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, 2011. Disponible en: http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/jovenes_investigadores/6jornadasjovenes/EJE%205%20PDF/eje5_munoz.pdf
- Pêcheux, Michel (1978) *Hacia un análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.
- Pêcheux, Michel (1994). "El mecanismo del reconocimiento ideológico", en Žižek, S. (comp.). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, [2008].
- Schaufler, María Laura; Passerino, Leila. (2013) "Formaciones imaginarias e ideológicas. Aproximaciones para el análisis discursivo de subjetividades políticas", VI Encuentro Panamericano de Comunicación, Escuela de Ciencias de la Información, 5, 6 y 7 de junio de 2013. Disponible en: <http://www.eci.unc.edu.ar/archivos/companam/ponencias/Comunicaci%C3%B3n,%20Pol%C3%ADtica%20y%20Derechos%20Humanos/-Unlicensed-Comunicaci%C3%B3n-y-Pol%C3%ADtica-Panamericano-Schaufler-Passerino.pdf>
- Stavrakakis, Yannis (2010), *La Izquierda Lacaniana. Psicoanálisis, Teoría, Política*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Voloshinov, V. (1976 [1929]) *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Žižek, Slavoj (2010). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Cómo citar;

Passerino, L. & Schaufler, M. (2014) Identificaciones políticas y subjetividad: discurso, imaginario y afectividad para una relación con lo cultural, *Revista Sujeto, Subjetividad y Cultura*, 7, Abril, pp. 5-14.